

Mefisto

JAIME CASTAÑO *

I

Decidí ese viernes, último de abril, no regresar a la oficina y emplear la tarde en investigar en el imponente edificio gris desteñido de la biblioteca. En la sección "Antiguos, Extraños y Extranjeros" encontré el *Nosferatu* de Murneau. Y las biografías de Guilles de Rais, Mariscal de Francia, de Erzsébet Báthory, Condesa de Nádasdy, y la del Príncipe Vlad Tepes, impropriamente llamado Conde Drácula. Escritas por un anónimo H. P. Pumphrey, muerto en 1958.

Hasta entonces, de toda la información que ya poseía, aparte de los hechos históricos que describían las orgías de sadismo realizadas por la anterior trilogía, que costaron la vida de centenares de niños y doncellas, nada se alejaba de lo que seguía considerando una buena nuestra del folclor de épocas y sociedades particulares y remotas.

* Tercer premio del II Concurso Nacional de Cuento Universitario, de la Universidad Externado de Colombia. Su autor es egresado del taller de escritores de la Universidad Central.

como diminutos animales prehistóricos, hirviéndome en el estómago). En un esfuerzo por lo intrascendente el “Señor” Mefisto y “el huésped” pasamos por el lugar común de los típicos temas de una conversación social. En el tercer piso la hamaca me esperaba flotando en su quietud de colores. Escaleras espaciosas, sólidas. Paredes de nubes y peldaños como palomas. Luz abundante. Sin ventanas. Un desfile de niñas coronadas de flores, de vestidos muy livianos, como alas transparentes, con algunos dibujos que se me antojaron de carnaval, me acompañaron hasta muy adentro de un sueño sin relojes.

La sensación de ser espiado me despertó entre las primeras cifras de la noche. Apenas sobrevivía el eco de una presencia. En el cuarto del fondo habían voces y música que le hacían agujeros al silencio. Por la puerta entreabierta alcanzaba a ver el círculo de infantes que se movían alrededor de lo que parecía ser un ataúd rústico sin tapa. De una óla de frases, medianamente largas, se me quedó: *“Siendo la muerte una propuesta tan eterna y la vida tan increíblemente breve, aférrate a esta con dientes y uñas. . .”* El resto fueron murmullos. Secretos que no alcancé a reconocer. Palabras sin aire, con explicaciones apenas nombradas.

Ahora que repaso esta historia puedo recordar que los vestidos estaban adornados de llamas benignas donde danzaban, también, en el círculo de la falda, unos seres con rictus de ángeles degradados.

Cuando quise levantarme para ver de cerca, no he dicho la ceremonia, una voz de intimidación prefabricada me despertó en los últimos momentos de un arrebol naranjamente furioso, que aún alumbraba del otro lado de la casa. Mefisto sonreía con esa mirada que hacía trozos mi memoria. Una de sus acompañantes me observaba pecosamente mientras me ofrecía un vaso que bebí con ganas. Los aguanté con mis ojos hasta el último sorbo rojo. . . Y de nuevo un sueño sin riveras, huracanado, donde intuí que era vigilado en mi inconciencia, y luego despertado, y Mefisto, y las niñas de cabelleras largas, y sus alas transparentes, y otro cáliz. Y los dioses destronados . . .

En contra de mis costumbres había aceptado aquella invitación, y tenía la típica rabiecita de aserrín que estas situaciones me producen. Así que durante la caminata en el bosque adelanté mi decisión de marcharme antes de la hora del almuerzo, y me aferré a la idea como a mis manos.

y la vigilia. Reconocimiento de los segundos que rompen a marchar con sus patazas de máquina pesada y vieja. Casi sin temor leo lo común: despierto en la fracción de Mundo y de Siglo que supongo me pertenecen. Logro incorporarme en una penumbra ebria y deshabitada. Hago conciencia. Estoy allí, en un espacio que en verdad no es el mío, casi contra mi voluntad. Hastiado. Asistiendo a un ritual que . . .

Llamo, desde un silencio abrumador nadie responde. No he dicho que esto se llame miedo. Soy el que debe escapar. ¡Las escaleras! He bajado lo suficiente pero la puerta no aparece. Desciendo uno o dos pisos más. Me detengo. Un relámpago sudoroso en mi estómago me dice: no hay puertas. Zumbido de cristales rotos hiere mis oídos. Subo cuatro giros en la espiral, subo hasta el agotamiento: ¡nada! Bajo rápido, hasta el mareo: ¡no hay puertas! Saco la cabeza sobre el pasamanos: abajo el abismo se pierde en las tinieblas, arriba la espiral es mayor. Soy el único que sube o baja en esta espiral infinita que asciende y se hunde en un lugar que no es la tierra, que va a ninguna parte, que me transporta en su naufragio. El vértigo son estos cuchillos devorándome la sangre ¡Corro! ¡Grito! ¡Ruedo! . . .

Algo tibio llueve sobre mis ojos. Intuyo al frente la salida. Me deslizo entre la doble fila de siluetas, que mucho más oscuras y más altas que la noche, a mi paso hacen una turbia reverencia. Recojo veloz los larguésimos segundos de pasos ciegos que me separan del mundo, vuelo hasta pisar lo que debe ser asfalto de la autopista, hasta el encuentro con los dos faros vertiginosos que me lo confirman.

III

Zulma y los de la oficina me visitaron ayer. Amables, sorprendidos por mi desaparición que casi completa una semana. Disiparon un poco la lúgubre atmósfera de gris desteñido y de olor a medicamentos.

Les conté lo sucedido. No sin respeto, hicieron comentarios de humor tenso. Y refmos. Por un rato olvidé esta cama de clínica, demasiado corta para mi estatura, y suficientemente fría para mis modestos deseos de sol. Tal vez, contar sea la mejor manera de escapar de esta especie de inventario de recuerdos agazapados, de la asfixia de esta historia inútil.